

Lidia Cirillo

El sujeto perdido: pequeño mapa para una búsqueda

La búsqueda teórica y práctica del sujeto perdido es difícil e incierta.

Detrás de la actual falta de proyectos de la izquierda italiana no hay sólo un vulgar oportunismo, asimilación a la corporación privilegiada de los políticos profesionales y amor desmedido por sí mismos. La parte racional y virtuosa, que existe en algunos de ellos, radica en la convicción de que las “dramáticas emergencias de nuestro tiempo” desaconsejan este recorrido y sugieren en cambio buscar alianzas en sectores social y culturalmente más fuertes, que tendrían razones concretas para preocuparse de las dinámicas fuera de control del capitalismo en esta fase de la historia.

En principio no se puede excluir que un sector importante de la burguesía se convenza en un momento determinado de la necesidad de crear una barrera o bien de que la hegemonía norteamericana con sus revueltas aventuradas y bárbaras se ponga de nuevo en cuestión por un núcleo fuerte europeo. Existen realmente potencias dotadas de armas nucleares (Rusia, China, India...) que pueden ejercer un poder de disuasión en cuanto a Estados Unidos, aunque peligrosamente y al borde de un nuevo equilibrio del terror.

No tenemos razón alguna para negar esta hipótesis. En las llamadas tácticas, en las alianzas, en las canónicas contradicciones del enemigo, en la *realpolitik*, etc, etc., no es útil hacer oposición desde los principios. El mundo cambia, incluso sin nuestra contribución, y lo que era desaconsejable ayer podría convertirse en indispensable hoy. Marx, después de 1848, Lenin y Rosa Luxemburgo, Trotsky y Gramsci planteaban improponibles alianzas con la burguesía. Y sin embargo la Segunda Guerra Mundial representó una forma de gobierno del mundo de la duración de una legislatura, con un poder de coacción y una dimensión mayor que cualquier gobierno nacional.

El error del Frente Único, proyectado y llevado a cabo por la Tercera Internacional, fue el de prestarse a alianzas falsas y secundarias (casi siempre las únicas posibles) realizadas con el objetivo de asegurar las democracias occidentales para inducir las a una alianza contra Hitler. En la Guerra Civil española los estalinistas no se aliaron con la burguesía, sino con la sombra de la burguesía, porque en realidad ésta se había alineado ya con Franco casi por completo, en un conflicto con evidentes connotaciones de lucha frontal de clases. Como en 1917 en Rusia, se habría podido vencer sólo reuniendo todas las fuerzas sobre reivindicaciones sociales que dieran a los sectores populares razones adecuadas para resistir.

Una vez más el presunto realismo no produjo nada. Si es verdad que Stalin, cansado de esperar, volvió la espalda a las democracias occidentales por un desventurado pacto con Hitler, la alianza se materializó después por cuestiones de vida o muerte que no tenían nada que ver con la tranquilidad y la templanza, en las que, por otra parte, las democracias occidentales no creyeron nunca.

Nada excluye, por ejemplo, que frente a la gravedad del desastre ambiental, una parte de la humanidad sin distinción de clase (de los Estados, de los poderes, de las instituciones, etc.) decida en el último momento imponer una inversión en la ruta. Y sólo podemos esperar que esto suceda lo antes posible. El hecho es que estas hipótesis no son en modo alguno más realistas que la nuestra, son sólo una repetición de coacciones, cuando no mistificaciones conscientes. Frente a la nebulosa del futuro, a la dificultad de concebir un creíble recorrido de liberación, cada uno/a tiende a volver a aquello que conoce, a los puntos cardinales que, en el siglo XX, han orientado su modo de actuar y de pensar. Hay quien sueña con una democracia progresiva y una alianza con los sectores iluminados de la burguesía, con ventajas en las rentas y con la Fiat hacia la globalización. Hay quien se entrena en un paradójico senderismo sin sendero y quien elabora programas transitorios para una transición que no existe y que ni siquiera se puede prefigurar. El regreso a la propia casa es explicable y legítimo siempre que no se apele al realismo.

¿Qué significa concretamente ponerse a buscar el sujeto perdido? Significa antes que nada individuar las características del movimiento real. En el actual *Marx-renaissance* hay brillantes intervenciones de profesores universitarios que hablan del presente trabajando en los textos de Marx, pero sin tomarse la molestia de echar una ojeada a diez años de renacimiento de las luchas en Europa.

Es importante comprender qué significan y a dónde llevan, y comprender quiere decir también formar parte, participar en el proceso por el cual un sujeto-clase está conformado por la *Kritik*, que a su vez se deja conformar por el progresivo desarrollo del sujeto-clase. Estar en contacto con un cuerpo social, con sus sobresaltos y sus temperamentos es, más que en el pasado, la condición necesaria para comprender, sobre todo cuando lo que se desea comprender son los movimientos de reconstitución del sujeto perdido. Esto significa también que, respecto a las

prácticas consolidadas en el pasado, es necesario concederse un espacio más amplio de experimentación. El riesgo de unirse o dividirse, de hacer o deshacer, esperar o desesperar, sobre la base de imágenes que ya no forman parte de este mundo, sino que sólo proyectan sobre el mundo nuestra historia personal. No es por casualidad que los dos más importantes intentos de búsqueda del sujeto perdido se han dado en Europa, a diferentes niveles, Refundación comunista y el *movimiento de los movimientos* con sus instituciones; uno y otro son experimentos de recomposición entre historias diferentes y lejanas. Y si el primero parece que está a punto de fallar, y el segundo por el momento está concluido, es justamente por el peso de la herencia del pasado, de la parte peor de la herencia del pasado.

Esta herencia es dos veces el asunto de la burocratización del movimiento obrero en el siglo XX. Para Refundación ya se ha mencionado en otra discusión /*, para el movimiento porque su onda se ha roto contra la pared impermeable y lisa de lo que queda del viejo movimiento obrero o en el aire de lo que ya no existe del viejo movimiento obrero.

Ponerse a la búsqueda del sujeto perdido significa además ponerse en la posición, en la zona de la historia, en el área de la imaginación política a la que los sujetos perdidos regresan. Más allá de las exigencias coyunturales de consentir el nacimiento de éste o aquel gobierno para hacer que caiga uno aún peor, el lugar político en el que los sujetos resurgen y en el que se puede contribuir a su regreso es la oposición. Un proletario en las condiciones actuales sometido a los procesos de expropiación y desmembración de los últimos veinte años o percibe su propia posición y la rechaza o bien no es clase. O tiene conciencia de lo que hay en la realidad o bien no es sujeto.

No sé si seguir las huellas del sujeto signifique además construir un partido. Por una parte no hay ninguna razón para dar a los partidos estatuto de forma eterna; por otra, es inútil cambiar el nombre de las cosas si después, cuando se intenta describirlas, se parece tanto a un partido. Hubiera sido un gran paso adelante en la búsqueda si Refundación hubiese llevado a cabo realmente los propósitos de su quinto congreso. La cuestión es que también desde este punto de vista una fase de experimentación es necesaria y posible. Un partido, una corriente organizada, una organización política independiente son indispensables siempre que no se recluya enseguida en un horizonte estratégico que no se ve y en una identidad en la que se cree. Y sobre todo la memoria de las mujeres y de los hombres del buen Narciso que nos hace esperar que otro mundo sea posible, pero nadie ha dicho que se deban hacer hoy las mismas cosas que hicieron ellos hace muchas decenas de años. La historia no es la caricatura de una terapia psicoanalítica, por la cual se vuelve al trauma pasado, se repara el daño o el fallo y se reanuda felizmente el camino interrumpido. Al igual que la victoria de la revolución de 1917

*/ Este texto es un capítulo del libro Cirillo, L (2006). “*da vladimir ilich a vladimir luxuria*”. Roma: Edizione Alegre

produjo una aceleración de los tiempos y una mutación de los ritmos, un giro capaz de plantear todo en términos diferentes, así las derrotas de las últimas dos décadas del siglo XX plantean todas las cuestiones en términos diferentes, aunque no cambian las críticas y las aspiraciones de fondo.

Como para Karl Marx, también para la búsqueda en el presente, se debe suponer que el sujeto se constituya por el encuentro del proletario con la “filosofía”, pero no se puede tener hoy una visión simplificada de uno y de otra. Sobre el proletariado volveremos más tarde. En cuanto a la “filosofía” el primer paso es superar el mito ingenuo de nosotros mismos. Las corrientes marxistas revolucionarias y antiburocráticas del viejo movimiento obrero son las que poseen una cultura de la oposición, que se ha revelado insustituible en la localización del nuevo comienzo, pero que, de todos modos, pasaría por el filtro de las verificaciones con una conocimiento adecuado de los elementos narrativos con los que se construye cualquier relato. Esta cultura, sin embargo, es sólo un fragmento de la “filosofía”, y la situación incluso empeora si se contempla el conjunto de Refundación por los límites que ponen las prácticas actuales al interés por comprender.

La cuestión de la “filosofía” tiene que ver en primer lugar con las características del trabajo subalterno, evidentes en las resistencias y en los conflictos de la última década en Europa, en la que realmente hay visibles tendencias a la reapropiación de las llamadas potencias mentales del segundo Marx. Se traduce además en la exigencia y en la posibilidad de realizar una oposición cultural, que es la primera y la más importante alianza que una dirección política debería hoy día teorizar o intentar o llevar a cabo según la entidad de las propias fuerzas. Para las dinámicas fuera de control de un capitalismo sin barreras, sectores amplios de intelectuales empiezan a dar señales de inquietud. El fenómeno no es asimilable a la función de los intelectuales en el marxismo, porque estos intelectuales no son marxistas y a veces incluso se consideran adversarios del marxismo.

Existe hoy una exigencia de enraizamiento en la cultura diferente en los modos y en los intentos de convenio de los que una clase política hace su buque insignia. Como para cualquier otro enraizamiento sería necesaria una dirección política capaz de implicar a los ambientes académicos y culturales, sobre la base de preguntas concretas que al mismo tiempo orienten la búsqueda y hagan posible su utilización efectiva. No se trata sólo de una contribución de la inteligencia, sino de hacer de la inteligencia una fuerza, a su modo, anticapitalista. Una movilización de la inteligencia es prefigurable por las características de las amenazas que acechan al género humano.

Por último, el problema de la “filosofía” es también una cuestión de reflexión específica, que no puede dejar de lado ninguna corriente que aún se refiera al marxismo. La clase política es cada vez más ignorante porque no tiene una necesidad real de la cultura. Y no tiene necesidad porque no tiene proyectos y no tiene

proyectos porque lo que la orienta es el pragmatismo inoxidable de quien no tiene otro proyecto que sí mismo. La reflexión es difícil también para quien está respaldado por las mejores intenciones porque estas intenciones tienen la forma del pequeñísimo artesanado intelectual carente de recursos para mantener la confrontación. Desde hace tiempo, la cultura es un conjunto coordinado de conocimientos específicos y de sociedad a la vez, porque todo ello se forma sobre el terreno mismo del capitalismo por exigencias profesionales de estudio y de trabajo. También por esto sólo una organización política enraizada puede realmente tener conocimiento.

Ponerse a la búsqueda del sujeto perdido significa además recurrir a cualquier pequeña argucia psicológica que permita resistir el presente. Os revelaré cuál es la mía. Ya que estoy hegelianamente convencida de que la ética no se puede separar de la razón, cuando no sé dónde está la razón, poco hegelianamente me confío a la ética con la esperanza de que ésta me conduzca a la razón.

Quiero decir que hoy orientarse es muy difícil y no siempre se encuentran razones válidas para elegir un ambiente u otro. Yo he empezado de nuevo rechazando el oportunismo y la mistificación voluntaria, los codazos gratuitos, las reacciones de narcisismo exacerbado. Cuando algún compañero de lucha y de aventuras revolucionarias (todas literarias) ha justificado elecciones diferentes explicando que ya había dado demasiado y que deseaba garantizarse para la vejez alguna pequeña gratificación y alguna pequeña comodidad material, he reaccionado con un rechazo ético. Sin que esto implicase juicio alguno sobre formas de oportunismo verdaderamente veniales. Sólo más tarde he verificado que había reaccionado según la razón, es decir según la razón que hace de las prácticas postburocráticas el principal obstáculo para la reconstrucción.

Traducción: *Mari Pepa Palomero*

Lidia Cirillo es responsable del seminario feminista permanente que publica la revista *Quaderni Viola*. Es militante de Sinistra Critica.